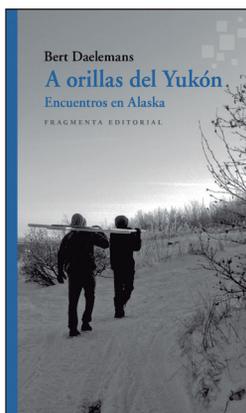


TESTIMONIO

Una aventura con gente real

Vivir es una aventura de descubrimiento de la poesía interior de cada cosa y del propio tiempo. En ella hay búsquedas, encuentros, silencios, alegrías, vulnerabilidades, límites. Todo libro que incluya las palabras Alaska y Yukón tiene que ser de aventura, y este lo es. Comienza así: un jesuita belga que vive en España es enviado a Alaska a mitad de su vida. Si a ello sumamos que es arquitecto, pianista, filósofo y teólogo, y va a ejercer de párroco rural con los esquimales *yup'ik*, hubiera sido muy difícil que este libro no fuera una historia apasionante. Y, por su papel en la comunidad, va a entrar en una gran intimidad con las personas y sus familias. Es de esas experiencias para las que uno no puede prepararse bien, sino que “hay que llegar sin equipaje, con las manos vacías” (p. 49). También a este libro hay que entrar así y nos va a sorprender.

Otra cultura radicalmente diferente, un entorno de máxima hostilidad, condiciones de vida duras, uno de los parajes más hermosos del planeta, donde lo humano se pone de manifiesto con mayor esplendor. El autor va a vivir entre los *yup'ik*, que significa literalmente “gente real” o “gente de verdad” (p. 13). Encontrarse con gente real, ser una persona real: ¿hay una aventura mayor? Es difícil que exponerse a cierta



A ORILLAS DEL YUKÓN

Encuentros en Alaska

Bert Daelemans

Fragmenta Editorial

Barcelona, 2020 · 192 pp.

edad a una experiencia de ese calado no sea un giro en la propia vida. Su vida lo dio. Y lo comparte con nosotros con mucha sinceridad y delicadeza, y su lectura tiene el potencial de mover nuestras vidas.

El libro, escrito a modo de diario y memoria de varios meses en lo más frío del invierno entre los esquimales, es muy variado: hay episodios conmovedores, en otros te ríes, también se sienten los desafíos de pescar y cazar, la mayoría invitan a la meditación y la

admiración ante la vida. Como **Saint-Exupéry** en el desierto, **B. Daelemans** va a vivir una epifanía con un zorro que le domesticó. También cuenta cómo, paseando tras una meditación sobre los abrazos –uno de los temas teológicos que ha desarrollado como profesor de la Universidad Pontificia Comillas–, un joven le pidió espontáneamente un abrazo. “Ahí fuera hay un mundo lleno de abrazos esperándonos” (p. 130).

Vivir en un mundo polar hace que cada cosa tenga los contornos muy bien marcados y nada distraiga de ella. Allí todo encuentra una gran resonancia y significado en Bert. Un pianista como él comprende que “somos cajas de resonancia de lo eterno” y que las palabras de este libro “para nada sirven sino para transmitir lo que llevo dentro y regalado, y hacerlo resonar con lo que tienes tú, estimado lector” (pp.17-18). El libro, que refleja su proceso en esos meses de inmersión con “la gente real”, hace resonar en nuestro interior la experiencia, sus asombros y aprendizajes. Aprendemos cosas importantes de los *yup'ik*, sobre todo el cuidado y gratitud a sus mayores y el papel sapiencial que ocupan en las comunidades.

Vivimos “para desarrollar una asombrosa sensibilidad por lo eterno” (p.17), y este libro nos ayuda a que crezca en nosotros, a que en cualquier lugar y momento nos podamos encontrar con la “gente real”. Todos podemos ser *yup'ik*.

FERNANDO VIDAL

ESPIRITUALIDAD

Enrique Martínez Lozano



VIDA

Enrique Martínez Lozano

San Pablo

Madrid, 2020

128 pp.

Un equilibrio inestable

Como lector “jesu-cristiano” y “uni-trinitario”, tras la lectura de este libro, brotan en mí –aunque por contrapunteo– varias consideraciones: la “Vida” no es solo –como sostiene **E. Martínez Lozano**– un universal abstracto de raíces no-dualistas y experimentable de manera introspectiva, sino –tal es mi caso– una persona muy concreta (**Jesús de Nazaret**) en cuya existencia y palabra se transparenta lo que decimos cuando decimos “Dios” (Cristo) como la anticipación de dicha Vida en plenitud. Por tanto, mi experiencia no queda presidida por la paradoja y la contradicción (aunque se den, como anota acertadamente el autor), sino por el equilibrio, permanentemente inestable, de

vida y muerte, de justicia y misericordia, o de yoidad e interpersonalidad. Además, me experimento y reconozco no convocado a la disolución en la Totalidad, sino a la comunión con el Dios “Uni-trino” sin renunciar a mi mismidad, singularidad e historicidad. Y, finalmente, entiendo que el saber científico-positivo –en particular, el antropológico y neurocientífico– no es un oráculo de Delfos redivivo, sino un manantial de aportaciones que, expresadas en formulaciones lógico-matemáticas con comprobación empírica, se prestan a diferentes explicaciones, también filosóficas, religiosas o espirituales, no todas igualmente consistentes.

JESÚS MARTÍNEZ GORDO